
Acto Final
Quien no recuerda el pasado
está condenado a repetirlo...
M.J. Rose

Acto Final



M.J. Rose

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2008 Melisse Shapiro. Todos los derechos reservados.
ACTO FINAL, Nº 7 - enero 2011
Título original: The Memorist
Publicada originalmente por Mira Books, Ontario, Canadá.
Traducido por Victoria Horrillo Ledesma
Publicada en español en 2009

Editor responsable: Luis Pugni

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
™KILL INK es marca registrada por Harlequin Enterprises Ltd.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-9752-5

A mi padre

La memoria es, pues, la palabra clave que combina pasado y presente, pasado y futuro.

Elie Wiesel

CAPÍTULO 1

«Las almas han de regresar al absoluto del que emergieron. Han de desarrollar todas sus perfecciones, el germen de las cuales está plantado en ellas. Y si no han cumplido esta condición en el término de una vida, deben comenzar otra (...) hasta que hayan adquirido la condición que las prepara para su reencuentro con Dios».

Cábala (Zahor)

Viena, Austria
Jueves, 24 de abril. 17:00 h.

Bajo una cúpula que la naturaleza había labrado en la piedra caliza, David Yalom caminaba por el borde del cañón subterráneo sin mirar ni una sola vez su negra hendidura. Nada en sus pasos medidos sugería que fuera consciente de lo peligrosa que era la caída, a pesar de que sólo unos minutos antes su guía había arrojado una piedra al abismo y no la habían oído tocar fondo. Por fin, después de cuatro horas de ascenso por la lúgubre red de túneles y canales, vadeando arroyos subterráneos, cruzando inmóviles pozas tachonadas de estalagmitas y lagunas burbujeantes, David vio lo que había ido a buscar. Frente a él, a la derecha, exactamente como se lo

había descrito Hans Wassong, había, cortado en la roca, un arco tosco y enorme con una cruz burdamente grabada en la piedra: una especie de grafito religioso.

–Así que el lugar del que me hablaste existe de verdad –David se rió, pero su risa era un sonido amargo que, en vez de evocar alegría, parecía sugerir que no quedaba nadie más en el mundo.

–Te dije que podías confiar en mí –para conversar, aquellos dos hombres (el periodista israelí y el criminal austriaco) hablaban inglés con acentos distintos, pero igual de fuertes–. Toda esta zona forma parte de un tell más grande –continuó Wassong.

–¿Un tell? –David se dejó dominar por su irrefrenable curiosidad. No estaba allí como periodista, pero llevaba toda la vida hurgando en cada aspecto de cada historia, y le costaba deshacerse de aquella vieja costumbre.

–Un tell –dijo Wassong, exhibiéndose– es un yacimiento que se forma por capas a lo largo del tiempo. Un barrio judío encima de una ciudad medieval, encima de una antigua ciudad romana. Habría que arrasar todas las calles de Viena para cartografiar este laberinto de cloacas, sótanos y catacumbas.

La zona que se alzaba por encima de ellos resplandecía, alumbrada por los rayos de luz que proyectaban las lámparas halógenas fijadas a sus cascos. Todo lo demás estaba sumido en sombras y oscuridad interminables; cada paso que daban se desvanecía tras ellos. El último tramo del peligroso lecho de roca se elevaba en brusca pendiente hasta que por fin alcanzaron la entrada. Wassong pasó sin dificultad bajo el arco, pero David tuvo que agacharse para seguirlo al interior de la cripta.

Al oír sus pasos, una rata, cuyos ojos rojos brillaron, salió de un cráneo pequeño, como de un niño, y huyó a esconderse, desapareciendo entre un montón de huesos blanqueados por el paso del tiempo.

Alarmado por el ruido, David sacó su arma.

Wassong alargó el brazo y le hizo bajar la pistola.

–No. Podrías desencadenar una avalancha. Moriríamos aplastados, y prefiero que me entierren donde mis parientes puedan ir a visitarme.

A su alrededor, los esqueletos intactos descansaban en docenas de nichos excavados en las paredes. Al recorrer con la mirada el cementerio secreto, David intentó no superponer los rasgos de su familia a aquellos huesos, pero fracasó. Todos los muertos se habían convertido en sus muertos, en víctimas de los implacables esfuerzos de los enemigos de su país por llevar a cabo un genocidio y del fracaso abismal de los que mandaban al proteger a los inocentes.

–Escucha qué acústica –dijo Wassong, y señaló el techo como si fuera posible ver cómo se filtraba la música por él–. Es asombroso que el sonido llegue hasta aquí, ¿verdad?

Mientras las notas estridentes hendían el aire frío y húmedo, en vez de violines afinándose, David oyó una sirena antiaérea; después, su cerebro comprendió que era sólo un espejismo acústico. Mataría por sofocar el asalto constante de los recuerdos, si no fuera porque, sin ellos, ¿qué lo sostendría el tiempo necesario para llevar a cabo su plan? La memoria era un misterio. ¿Por qué recordaba algunas cosas, por qué incluso estaba obsesionado con ellas, mientras que otras, por más que ansiaba recordarlas (como el olor del cabello de su mujer), ya se le escapaban?

–Estamos justo debajo de la sala de conciertos más grande de Viena –explicó Wassong mientras se quitaba las gafas y las limpiaba con un pañuelo azul. David se había servido de aquel gesto para caracterizar a Wassong en el primer artículo que escribió sobre él. Tras ponerse de nuevo las gafas, Wassong señaló la pared norte, en la que había varias grietas–. Esta zona linda con un antiguo pozo de ventilación que lleva al subsótano del edificio. La música viaja a través de las rejillas que formaban parte de un antiguo sistema de calefacción.

–¿Y estás seguro de que esta zona no está cartografiada?

Violonchelos, flautas y oboes luchaban estruendosamente por armonizarse, sin conseguirlo. Primero dominaba un ins-

trumento, luego otro y luego otro más, formando entre todos un conjunto discordante, del mismo modo que la mente de David lanzaba al aire instantáneas aisladas y diáfanas. La cara de su esposa convertida en un amasijo sanguinolento y horrendo. Después, la cara de Lisle años antes, riéndose de uno de sus intentos patéticos de contar un chiste, una tarde ociosa en la playa. Su hijo Isaac a los cincos años, empeñado en llevarse la bicicleta a la cama el día que se la regalaron. Y después, el tosco muñón donde antes había estado su pie. Y así sucesivamente. David contaba cada recuerdo como si demostrara algo. Pero ¿qué? ¿Que en algún momento había sido un hombre cuerdo y con una vida cargada de significado? ¿O que tenía motivos válidos y palpables para lo que estaba planeando?

Hans seguía hablando.

–De la Edad Media en adelante, estas cuevas se usaron principalmente como cámaras de enterramiento, hasta que se volvieron tan insalubres que en el siglo XVIII el emperador José II ordenó cerrarlas. ¿Y quién cartografía tumbas?

–Eso no parece un instrumento del siglo XVIII –David señaló un cubo metálico, de color verde aceituna, deslustrado y medio enterrado en un rincón de la cueva. Siendo todavía un reportero novato, había aprendido que los detalles contaban la verdad, aun cuando la gente mintiera.

–Durante la Segunda Guerra Mundial, el gobierno volvió a abrir un par de tramos como refugios antiaéreos. Algunas cuevas se hundieron cuando cayeron bombas en los edificios de encima. Murieron cientos de personas aplastadas, y nuestra ciudad subterránea volvió a quedar abandonada. Se la consideraba insegura. Aunque algunos estemos más seguros aquí abajo que arriba, ¿no?

David ignoró el guiño cómplice que había en la voz de Wassong.

–Pero habrá gente que conozca este sitio.

–Sí, la hay, pero da la impresión de que hace décadas que nadie viene aquí. Puedes fiarte de mí en esto, David. Y tam-

bién puedes pagarme. Creo que ése era nuestro acuerdo. Yo te doy tu yacimiento y tú me das mi paga.

Diez años antes, mientras escribía un reportaje sobre el tráfico de armas en Europa del Este, David había conocido a Hans Wassong. Wassong figuraba desde hacía décadas en la lista de vigilancia de la Interpol. Era sospechoso de secuestro, homicidio y tráfico de armas y explosivos. Con el paso de los años, el periodista se había granjeado la confianza del delincuente, al que había usado como fuente. Ahora habían cambiado las tornas. Esta vez, David no estaba informando sobre una historia. Él iba a ser la historia, y Wassong era quien podía delatarlo.

David bajó la cremallera de su mochila verde oscura, sacó el grueso sobre y se lo entregó a Wassong, que lo abrió, contó el fajo de billetes de doscientos euros y a continuación se guardó el sobre en el bolsillo de la chaqueta y le dio una palmadita.

–Bueno, dime, ¿cuándo lo tendrás todo arreglado?

–El lunes o el martes.

–¿Bajarás aquí entonces? –la pregunta de Wassong parecía espolearlo.

–¿Qué has oído? ¿Hay alguna novedad?

–Tangencialmente. Han visto a Ahmed Abdul en Serbia.

Serbia estaba a poco más de quinientos kilómetros de allí. Dos mil kilómetros más cerca de Viena que de Palestina. ¿Era una coincidencia? David había cubierto todas las conferencias de la Asociación Internacional de Seguridad y Tecnología desde 1995, y para el terrorista habría sido fácil confirmar que David iba a cubrir de nuevo la AIST ese año y haberlo seguido hasta Viena.

–Sabes que sigues en su lista, ¿verdad? –preguntó Wassong cuando David no respondió.

–Claro.

El tono que utilizó para reconocer que lo perseguían era el mismo que habría usado para reconocer que era periodista de profesión.

La orquesta terminó de afinar y acometió el tormentoso y heroico inicio de la *Quinta Sinfonía* de Beethoven.

–El destino llama a la puerta –dijo Wassong.

–¿Qué?

–Un día, Beethoven señaló el principio del primer movimiento de esta sinfonía y le dijo a su secretario: «Así llama el destino a la puerta».

–Me sorprendes, Hans. Traficante de armas, cartógrafo, espeleólogo... Y ahora descubro que también eres un entendido en Beethoven.

–Es difícil vivir en Viena y no empaparse de tradición musical.

Durante unos minutos, mientras escuchaban la sinfonía, perdidos en su sonoridad, las frías piedras se convirtieron en mullidas butacas rojas, doradas molduras orlaron las paredes de roca y la cripta se transformó en una sala de conciertos. A la mujer de David siempre le había gustado especialmente la Quinta. Cerrando los ojos, David se permitió el lujo de aquel recuerdo.

–¿Estás bien? –preguntó Wassong.

La música se elevó en un crescendo y, deslizándose por las entrañas de la tierra, alcanzó su centro. David no oyó la pregunta de Wassong. «Por lo menos», pensó, «la semana que viene, cuando abandonen todos este mundo, será en alas de una música digna de los ángeles».

–¿A qué profundidad estamos? –preguntó, volviendo al presente.

–Entre doce y catorce metros –contestó Wassong–. Demasiado abajo para que te encuentre un radar, y el lugar perfecto para colocar los explosivos. Justo aquí, donde estamos. Nada, ni el edificio, ni el público, sobrevivirá al ataque. Tienes que reconocerlo: es un sitio estupendo, ¿no?

CAPÍTULO 2

Nueva York
Jueves, 24 de abril. 11:00 h.

Meer bajó corriendo la escalera del Museo de Historia Natural en Central Park West y escudriñó la calle en busca de un taxi antes incluso de alcanzar la acera. Al no ver ninguno, pensó que tardaría lo mismo en recorrer a pie las seis manzanas hasta la Fundación Phoenix. No le gustaba ausentarse del trabajo en plena mañana, pero Malachai Samuels no era hombre que aceptara fácilmente una negativa. Chamán, terapeuta y confesor a partes iguales, incluso cuando era incapaz de encontrar respuestas siempre estaba ahí para ayudarla a superar las noches oscuras y los días solitarios, para aliviar sus miedos y mitigar su tristeza.

Malachai le había asegurado por teléfono que la reunión no duraría más de una hora, y ése era el tiempo que ella podía permitirse. La fiesta para recaudar fondos de esa noche era esencial para el éxito del proyecto Cúpula de la Memoria: un espacio de exposiciones y estudio permanente dedicado a la exploración de la memoria. Como comisaria asociada del proyecto, tenía demasiadas cosas que hacer para perder una sola hora.

Ocho minutos después, estaba escuchando el tictac del reloj de oro molido del siglo XIX que había sobre la repisa de la

chimenea. El tictac parecía ir ralentizándose como si fuera a pararse y a ir marcha atrás. Pero eso era imposible, a pesar de que Meer sabía que en el despacho de Malachai Samuels el tiempo no siempre se movía en el mismo sentido que en el resto del mundo.

–Esto es para ti –dijo el reencarnacionista, poniendo entre ellos, sobre la mesa, un sobre muy desgastado, con el matasellos impreso. Ella reconoció la letra de su padre.

–¿Así que ahora haces de mensajero? ¿Te dijo mi padre por qué me mandaba esto a través de ti?

–Para que estuvieras sola cuando lo abrieras.

–Como si fuera una niña –su sonrisa era resignada.

–Sea cual sea tu edad, él siempre será tu padre –el refinado acento británico de Malachai hizo que la frase pareciera una sentencia. También él tenía un aspecto refinado: sus trajes estaban siempre bien planchados, y sus uñas siempre limadas. Cien años atrás habría pasado fácilmente por un miembro de la aristocracia.

–¿Sabes de qué se trata?

–No me lo aclaró.

Ella recogió el sobre, lo rasgó y sacó su contenido.

Desdobló el papel áspero y amarillento y vio un dibujo hecho por una niña pequeña, con ceras amarillas, naranjas y rojas. Las líneas no eran rectas, no coincidían en los ángulos, pero aun así lograban representar una caja. Y no una caja cualquiera, sino el cofre del tesoro ficticio que la fascinaba morbosamente de niña. Cuando sus padres le preguntaban por qué lo dibujaba una y otra vez, ella no lo sabía. Cuando le preguntaba dónde lo había visto, sólo podía decirles: «Antes».

Luego le preguntaron qué más recordaba de «antes» y ella se lo dijo. Era como una pesadilla, aunque sólo la tenía cuando estaba despierta y siempre era la misma. Estaba en un bosque, durante una tormenta, y un hombre la perseguía para quitarle la caja. De fondo sonaba una música misteriosa, como en las películas. Y a veces, cuando volvía a «ahora», como ella lo llamaba, estaba llorando.

Los coloridos detalles de la hoja que le había enviado su padre eran simples garabatos, pero ilustraban lo que Meer había visto con toda claridad en su recuerdo: la madera oscura y pulida, con intrincados apliques de plata y un gran medallón plateado en el que había grabados pájaros, hojas, cuernos, flautas, arpas y florituras. Una vez le había dicho a su padre que aquella música extraña que oía en el sueño vivía dentro de la caja, pero que ella no podía tenerla abierta el tiempo suficiente para escuchar toda la canción.

Meer, que rechazaba lo que creían Malachai y su padre (que la tormenta, la música y la persecución eran recuerdos de su vida anterior), había pasado años intentando comprender lo que para ella era una patología. Su búsqueda la condujo por fin a hacer un máster en terapia cognitiva y a especializarse en todo lo relativo a la memoria. Así había conseguido, de paso, una explicación aceptable. Meer afirmaba sufrir falsos recuerdos: o bien, siendo niña, su inconsciente había distorsionado acontecimientos reales, o bien había confundido los sueños con la realidad.

–Es sólo uno de mis viejos dibujos –dijo con alivio al dárselo a Malachai.

Los ojos oscuros de Malachai se agrandaron ligeramente mientras inspeccionaba el dibujo unos segundos. Después quitó un clip que había en la esquina superior derecha y examinó una segunda hoja de papel. El tictac del reloj seguía marcando los segundos, como llevaba haciendo doscientos cincuenta años.

–Creo que te has saltado esto –dijo por fin, dándole la hoja.

Era una hoja arrancada del catálogo de una subasta. Bajo un bloque de texto había una fotografía de una caja de madera oscura con intrincados apliques de plata y un gran medallón plateado en el que había grabados pájaros, hojas, cuernos, flautas y arpas. Entretejida en el diseño del medallón había una letra cursiva. Un niño sólo habría visto en ella florituras, pero ahora, ya de adulta, a Meer no le costó identificar la letra B.

–Bueno, ahora sabemos que la caja existía –respondió rá-

pidamente en tono desapasionado, mientras dejaba la hoja arrancada sobre la mesa–. Eso significa que tuve que verla en alguna parte antes de guardar recuerdo cognitivo de haberla visto. Puede que mi madre estuviera mirando un libro de antigüedades que incluía una foto de esta caja. O puede que fuera en una subasta. Mi madre me llevaba siempre con ella cuando iba a una subasta –Meer se recostó en la silla, apartándose de su dibujo. Y de Malachai.

En la vida de todos hay líneas divisorias. Meer sabía que las depresiones más profundas son las que nos definen, pero del mismo modo que es más fácil ver la topografía del terreno desde arriba, esas líneas se divisan más claramente con la distancia de los años. Sólo echando la vista atrás se puede señalar el momento preciso en que una grieta se convirtió en brecha y una brecha en linde. Meer tenía siete años cuando oyó por primera vez aquella música extraña y habló a sus padres de la caja y de la persecución por el bosque. Antes no había conocido el terror, y después de aquello temía mirar a derecha o izquierda, por miedo a ver aproximarse un desastre. Antes, no había puesto en duda las promesas que le hacían sus padres, y después había comprendido que, por más que le susurraran que no pasaba nada, aquellos susurros carecían de peso.

–¿No te das cuenta de que esto podría ser la prueba de que todos estos años has tenido recuerdos de una vida pasada? –los ojos de color ébano de Malachai brillaban. Recogió la hoja arrancada del catálogo y, al hacerlo, Meer vio asomar el gemelo de su puño por la manga de la chaqueta hecha a medida, con el monograma MS en blanco sobre blanco. Malachai se había educado en Oxford, citaba a Aristóteles, Einstein y Carl Jung, disfrutaba exhibiendo su colección de naipes, que se remontaba al siglo XV, y había escrito una importante monografía sobre las raíces psicológicas de la obsesión victoriana por lo oculto. Cuando hablaba de regresiones, sus palabras no sonaban a salón de adivino con cortinas tachonadas de falsos rubíes. Insuflaba tal gravedad científica al concepto de la trasmigración de las almas que resultaba difícil dudar de la vera-

cidad de sus palabras. Pese a todo, Meer no compartía sus creencias. Ni las de su padre. Siendo más joven había querido creer en todo aquello, lo había intentado, incluso había estado dispuesta a servirles de conejillo de indias, pero sus teorías nunca habían conseguido convencerla. El acto de fe que le pedían era demasiado grande. Meer, lo mismo que su madre, era una persona pragmática.

–La descripción dice que es una caja de juegos de mesa de principios del siglo XVIII que perteneció a una mujer llamada Antonie Brentano, que fue amiga de Beethoven –leyó Malachai en voz alta.

Un sabor metálico llenó la boca de Meer e hizo que le dolieran los dientes. Sus hombros y los músculos de su mandíbula se tensaron. Un escalofrío la recorrió. Oyó algo a lo lejos. Distante, pero claro. En el fondo de su espalda, donde se había roto la columna cuando tenía nueve años, las vértebras dañadas emitieron un latido. De pronto se sintió enferma. Y aunque ya no era una niña, sino una mujer de treinta y un años, deseó levantarse y echar a correr.

Ese día también había echado a correr, intentando escapar de aquella música obsesiva que la asustaba porque siempre precedía al recuerdo espantoso de la persecución por el bosque. Su problema obsesionaba a sus padres. Los había convertido en dos extraños que discutían sobre qué clase de ayuda necesitaba. Las interminables visitas a diversos médicos la mantenían alejada de la escuela, la diferenciaban de los demás y arruinaban los planes familiares.

Esa tarde, su padre y ella habían estado en Central Park, volando su cometa. La cometa se había elevado en el cielo mucho más de lo que ella jamás había imaginado cuando, de pronto, se formó una tormenta y con ella llegó aquella música bella y terrible.

Ella soltó la cometa y echó a correr furiosamente, intentando escapar.

Su padre la llamó a gritos, le suplicó que se detuviera, corrió tras ella, incluso logró alcanzarla. Estaba a punto de po-

nerla a salvo cuando un motorista dobló una curva demasiado deprisa para detenerse. Meer salió despedida por el impacto y cayó de espaldas sobre unas piedras, cerca del camino.

–¿Meer? ¿Te encuentras bien? –Malachai se inclinó hacia ella, sacándola de su ensimismamiento.

–De pequeña, cuando me sentaba aquí, solía pensar en todos esos niños que mi padre me decía que venían a pedirte ayuda y en que se sentaban en esta misma silla y oían el tictac de ese mismo reloj, y pensaba que tenían que haberse puesto mejor porque nunca veía a ninguno en la sala de espera. Creía que los habías curado a todos. Estaba segura de que también ibas a curarme a mí.

Vio compasión en el rostro de Malachai. Pero prefería su expresión por defecto: las cejas enarcadas y la mirada distante del observador imparcial. No era compasión lo que quería, ni lo que merecía por haber sucumbido a su vieja dolencia. Sabía cómo combatir un episodio y cómo mantener a raya el asalto de la pesadilla. Conocía los factores que la desencadenaban y procuraba evitarlos. Sin embargo, podía oír de nuevo aquella música antigua y lejana... vaga e indistinta, procedente de más allá de aquella habitación, de aquella casa, de aquella calle y aquella ciudad; de más allá de aquel tiempo. Sintió la gélida angustia que amenazaba con dejarla sin respiración y la terrible tristeza que le daba ganas de llorar por algo o alguien que había perdido. Hacía años que aquel mal no la visitaba.

Se agarró al brazo del sillón, intentó concentrarse en respirar hondo y aferrarse al presente, pero el misterio la inundó con una ferocidad para la que no estaba preparada. Ni todos los años de ayuda de Malachai, ni las numerosas sesiones de hipnosis, ni las teorías científicas sobre los falsos recuerdos que había adoptado como un credo podían competir con el poder de aquel enigma.

–¿Estás bien?

–Sí –dijo ella, sin querer reconocer (especialmente ante sí misma) que el fantasma de su infancia se había levantado y

que los secretos de la niña estaban dejando sin aire el presente, dificultándole la respiración, y que los miedos que antes la atormentaban y la envolvían, que tendían hacia ella sus garras afiladas, la levantaban y la llevaban en volandas a una dimensión lejana, habían vuelto a apoderarse de ella.

Malachai le puso un vaso en la mano. Hasta que empezó a beberse el agua, Meer no se dio cuenta de que estaba sedienta; después, bebió con ansia. Finalmente dejó el vaso junto al sobre de papel de estraza y el dibujo.

–Lo que es real es ahora –dijo Malachai con una cadencia familiar–. Lo que es real es el ahora.

Ella asintió con la cabeza y se concentró en aquella frase. Era una de las consignas con las que habían trabajado cuando era pequeña. «Lo que es real es ahora. Lo que es real es ahora». Meer usó aquel mantra para regular su respiración. Sacudió la cabeza como si pudiera con ello desalojar sus recuerdos y se golpeó con el puño la palma de la mano.

–No me he acercado a un piano. No estoy escribiendo música. Hace doce años que no escribo. ¿Por qué no basta con eso?

–Estás siendo demasiado dura contigo misma, Meer. Esto no es culpa tuya. Volvemos a esta vida para resolver lo que dejamos pendiente en nuestras vidas pasadas, y por más que deseemos eludir nuestra deuda kármica no...

Entre otros talentos, Malachai era un mago aficionado que podía convertir un pañuelo en una paloma blanca o un problema en un ramillete de posibilidades. Pero Meer no estaba de humor para escuchar sus rocambolescas explicaciones.

–Sea lo que sea lo que está pasando, no voy a volver a medicarme para vivir en esa neblina –su voz se tensó tanto como los músculos de su largo cuello.

–¿Y qué es? ¿Qué es lo que está pasando?

–El miedo ha vuelto –murmuró ella, usando la expresión con la que de niña nombraba la angustia y el terror que sentía, y las notas inarmónicas y disonantes que solía oír.

Capítulo 3

Viena, Austria
Jueves, 24 de abril. 17:15 h.

Desde hacía casi trescientos años, los entendidos entraban en aquella sala privada para admirar los tesoros que poco después salían a subasta. Pero ¿cuántos de ellos habían sentido latir su corazón con tanta violencia como latía el de Jeremy Logan? Jeremy cerró la puerta a su espalda, giró la llave metálica en la cerradura y oyó cómo encajaban los cerrojos. La tarima del suelo que pisaba estaba restaurada y el escritorio antiguo al que se sentó había sufrido numerosas remodelaciones, pero el tiempo no había logrado borrar la impronta de los importantes descubrimientos hechos allí. ¿Irían a sumarse sus esfuerzos de hoy a ese relato?

A sus sesenta y cinco años, Jeremy era no sólo el jefe del departamento de arte hebreo de la casa de subastas, sino el hombre al que llamaban el «Indiana Jones judío». A lo largo de los treinta y cinco años anteriores, había recuperado cientos de miles de Torahs y otras piezas religiosas escondidas o robadas durante la Segunda Guerra Mundial. Algunas las había exhumado como tesoros enterrados, otras las había sacado de contrabando por las fronteras de países comunistas, o las había adquirido mediante sus tratos con peligrosos interme-

diarios a los que sólo les importaba el dinero que ofrecía. Pero, a pesar de todos estos hallazgos, el tesoro que más tiempo llevaba buscando era el que aún se le resistía: la solución a la dolencia de su hija.

Y ahora cabía la posibilidad de que hubiera encontrado una pista para resolver aquel rompecabezas.

Además de las fichas de *whist*, el tablero de *cribbage*, las piezas de ajedrez y de damas y los naipes que veía dentro de la caja de juegos de palo de rosa, las radiografías mostraban un falso fondo de dos centímetros y medio de profundidad que contenía un rectángulo de tela fina o un papel grueso que los técnicos, pese a sus sofisticados instrumentos, no habían podido identificar. Ahora, a solas tras la puerta cerrada, Jeremy Logan estaba a punto de descubrir qué era.

Se quitó la chaqueta de punto de color avena, la arrojó sobre la silla y se remangó el jersey azul de cuello alto. Se quitó del pelo entrecano y revuelto las gafas de leer, se las colocó sobre el puente de la nariz y examinó la caja. Ahora que sabía lo que estaba buscando, vio, sirviéndose de una lupa, que al fondo, tras la letra B, había una constelación levemente grabada en la madera. Aquél era el único aspecto de la caja que Meer no había incluido en sus dibujos. Al estudiarla, Jeremy comprendió, asombrado, que estaba mirando la constelación del Fénix, bautizada en honor del pájaro legendario que en la Antigüedad simbolizaba la reencarnación. Lo mismo que Malachai Samuels, Jeremy siempre había creído que la reencarnación se hallaba en la raíz de las crisis de su hija, y afirmaba que Meer se veía atormentada por padecimientos de una turbulenta vida anterior.

Creía apasionadamente en la reencarnación, y en que había círculos de almas que se reencarnaban simultáneamente a lo largo del tiempo, lo cual complicaba las cosas cuando uno entraba en contacto con personas con las que antes había tenido problemas, y las facilitaba cuando volvía a conectar con aquéllos a quienes amaba. Familiares, amigos, amantes y compañeros de trabajo formaban parte de un mismo grupo de almas. Jeremy ansiaba poder convencer a Meer de que tuviera

fe en quienes la rodeaban, de que se apoyara en él y en Malachai y les dejara ayudarla a encontrar su camino kármico. Pero su hija era tan obstinada en su falta de fe como él en sus creencias.

Levantó la caja que, como un niño empecinado, se había aferrado a su secreto todas aquellas semanas, y la puso de lado sobre un tapete de fieltro. En el fondo había incrustados unos círculos de taracea de diversos tamaños que, elaborados con distintos tipos de madera de frutales exóticos, componían un dibujo azaroso.

El entendido al que había conocido la víspera en Praga le había mostrado un cofre similar, hecho por el mismo artesano en 1802. Parecía igual de enigmático (un rompecabezas sin solución), hasta que el experto le indicó la constelación de Tauro grabada en el interior del medallón de aquella caja y le demostró que, cuando los círculos de la parte de abajo se movían hasta formar el dibujo de la constelación, el cajón escondido se abría. Como por arte de magia.

Jeremy manipuló cuidadosamente los círculos de la caja Brentano, como se la denominaba en el catálogo de la subasta. El primero se deslizó fácilmente hasta ocupar su lugar. Impaciente por naturaleza, Jeremy se esforzó por ir despacio, y movió el siguiente círculo, y luego el otro. Llevaba veinticuatro años estudiando la Cábala, y una de las lecciones más importantes que había aprendido era que su impaciencia procedía de su incapacidad para soportar lo que le brindaba el presente. En la Cábala, cada letra del alfabeto hebreo poseía varias capas de significado. Jeremy había aprendido que lo mismo sucedía en la vida con cada momento. Y con cada vida pasada.

Respiró hondo y al colocar la última pieza oyó un leve chasquido metálico. El falso fondo de la caja se había abierto. Lo que antes era impenetrable se ofrecía ahora sin resistencia, y al bajar la mirada hacia una hoja de papel doblado, que posiblemente llevaba escondida allí casi doscientos años, Jeremy sintió euforia y al mismo tiempo, de pronto, tuvo miedo.

Capítulo 4

Nueva York
Jueves, 24 de abril. 11:34 h.

Sonó el interfono y el agente especial Lucian Glass frunció el ceño, molesto por la interrupción, mientras miraba el monitor del circuito cerrado del edificio. A la gente no le importaba llamar a cualquier apartamento para entrar en el edificio porque no le apetecía buscar su llave, o porque quería dejar menús de restaurantes de comida para llevar en los felpudos de cada casa, o porque esperaba poder entrar para deambular por los pasillos en busca de puertas abiertas. Hasta en Nueva York era sorprendente cuánta gente sufría robos por simple negligencia. Pero esta vez Lucian reconoció al individuo fornido que, parado en el vestíbulo, miraba hacia la cámara.

El estudio alquilado de la cuarta planta tenía como decoración una mesa de naipes desvencijada y cuatro sillas, pero estaba repleto de equipos de vigilancia, y mientras Lucian lo atravesaba esquivando cosas para llegar al interfono, Douglas Comley, su supervisor y director del Equipo de Delitos Artísticos (o EDA, como lo llamaban todos) volvió a pulsar el timbre.

A los pocos segundos de abrir la puerta de abajo, el zumbido cesó y Lucian retomó su tarea: se puso a escuchar la refi-

nada voz de Malachai Samuels, que le llegaba desde la Fundación Fénix, al otro lado de la calle, a través de un micrófono ultradireccional de última generación. Desde el verano anterior, el FBI, la Interpol y los *carabinieri* italianos investigaban al llamado «reencarnacionista» en un esfuerzo por demostrar que era el cerebro de un robo internacional que había dado como resultado la muerte brutal de tres adultos y el secuestro de una niña. Los objetos robados, un juego de piedras preciosas, eran supuestamente legendarios instrumentos memorísticos datados en el año 2000 a.C. y procedentes del valle del Indo. Era indudable que Malachai Samuels estaba obsesionado hasta el fanatismo con la idea de encontrar la prueba definitiva de la reencarnación, una prueba que esperaba hallar en las piedras. Pero ni el equipo de Lucian ni la Interpol habían podido vincularlo aún de forma concluyente con el robo. El Departamento de Policía de Nueva York había recuperado la mitad de las piedras, que habían sido devueltas al Estado italiano, pero la otra mitad seguía perdida. Lucian creía que Malachai tenía en su poder los rubíes del tamaño de avellanas, los zafiros y las esmeraldas, o que al menos sabía dónde estaban. Lo único que necesitaban era que cometiera un solo desliz.

–Creo que ver la fotografía ha hecho saltar la música –estaba diciendo Malachai–. En cuanto a lo que va a suceder ahora... es decisión tuya. Puede cruzar el umbral o dar media vuelta.

–¿Ir a Viena a ver esa cosa, quieres decir? –preguntó la mujer con voz asustada.

Lucian la había visto sólo unos segundos, borrosamente (piernas enfundadas en vaqueros y chaqueta de piel que parecía fina hasta desde el otro lado de la calle, porte perfecto y cabello ondulado de color caoba), antes de que abriera la puerta de la casona y desapareciera dentro, pero en aquel instante había sentido al mismo tiempo su fuerza y su soledad. Si tuviera que pintar el viento, habría elegido a aquella mujer para representar su invisible potencia.

Lucian llevaba nueve meses escuchando las conversaciones y las llamadas telefónicas de Malachai y leyendo sus

e-mails. Había oído a docenas de niños embarcarse en extraños viajes sin abandonar el edificio decimonónico de la Fundación en el Upper West Side. Curiosamente, llegaban angustiados y se marchaban en calma. Pero la mujer que había hoy en el despacho no era una niña, y la conversación no se parecía a las que Lucian había oído antes.

–He aceptado el misterio de mis recuerdos –susurró la voz trémula de Meer Logan a través del equipo electrónico.

La habilidad de Lucian para percibir el estado emocional y psicológico de otras personas se había manifestado antes de que empezara su entrenamiento en el FBI, pero Quantico lo había ayudado a afinar su intuición. Mientras escuchaba a aquella mujer, sintió preocupación por ella sin saber por qué.

–Eso crees, pero fíjate en cuántas cosas has sacrificado en la vida, en tus ambiciones, en tu pasión. Eres una rehén, tu talento es rehén de los miedos y la tristeza que arrastras contigo –dijo Malachai con inesperada premura.

Sin pensarlo conscientemente, Lucian tomó su cuaderno y empezó su tercer o cuarto dibujo de esa hora; éste, de Meer siendo niña. El lápiz se movió rápidamente, haciendo emerger a una niña pequeña, de cabello oscuro, ojos llenos de terror, abiertos de par en par, mejillas llenas de lágrimas y...

Sonó el timbre de la puerta y Lucian dejó el cuaderno para abrir a su jefe mientras la voz de Meer sonaba en el altavoz.

–¿Cómo puedes creer sinceramente que ver esa caja puede cambiar algo?

–Los desencadenantes actúan de la misma forma tanto si hablamos de recuerdos de vidas pasadas como si hablamos de falsos recuerdos, ya lo sabes. Ten, quiero que leas esto..

Comley entró, oyó la voz de Malachai, señaló con la cabeza el equipo y preguntó:

–¿Interrumpo algo importante?

–Para nuestro caso, no, creo.

Comley miró a su alrededor, sonriendo.

–Me gusta cómo has puesto esto desde la última vez que vine.

–Hay refrescos y café. ¿Quieres algo?

–Tú siempre tan detallista. Claro, tomaré un refresco –Comley se sentó a la mesa y se fijó en el cuaderno. Estaba mirando el dibujo de la niña cuando Lucian puso el refresco delante de él–. ¿Quién es, artista? ¿Una de sus pacientes?

Todos los agentes del EDA procedían de la policía, pero Lucian, además, había estudiado Bellas Artes: estaba acostumbrado al mote.

–Una ex paciente, por lo que he podido descifrar.

–¿Nunca te preguntas si no deberías haber seguido con esto? –Comley seguía examinando el dibujo.

–Mi madre también me lo pregunta de vez en cuando.

–¿Y también con ella te sales por la tangente?

Lucian no pensaba demasiado en su pasado, pero tampoco lo escondía. Su formación artística le era útil en su trabajo, y con su uniforme de vaqueros negros y camiseta y americana del mismo color, vestía aún hasta tal punto como un miembro de la escena artística neoyorquina como para pasar desapercibido en la inauguración de una galería. Pero eso no significaba que hablara mucho de su vida antes de entrar en la agencia.

El año que su futuro cambió de rumbo, tenía diecinueve años y estudiaba pintura en la facultad de Cooper Union. El Museo Metropolitano estaba abierto los viernes por la noche, y Lucian y su novia, también estudiante de Bellas Artes, tenían pensado ir a ver la nueva exposición de Zurbarán. Iba a encontrarse con Solange en la tienda de marcos del padre de ella, en el centro, cerca del museo, a las seis en punto, después de que cerrara la tienda, para ir juntos dando un paseo.

El tren expreso no circulaba ese día y Lucian tomó el cercanías y llegó quince minutos tarde. Cuando llegó no había nadie en la tienda, lo cual era raro, ni respondió nadie cuando llamó. Sin pararse a pensar si era buena idea, abrió la puerta del taller y entró.

El cuerpo de Solange estaba tendido en el suelo, dentro de un marco grande y vacío, cuyo bastidor plateado estaba salpicado de sangre. Mientras contemplaba aquella escena espantosa, un relampagueo de movimiento se reflejó en el metal

pulido, advirtiéndolo de que había alguien allí, alguien que, a su espalda, se movía hacia él. Pero Lucian no fue lo bastante rápido. Era sólo un chico flacucho que estudiaba para pintor. No sabía defenderse.

Cuando los sanitarios lo encontraron, había perdido casi tres litros de sangre. El ladrón le había asestado cuatro puñaladas y lo había dado por muerto. Pero Lucian estaba vivo. O lo estaba hasta que, camino del hospital, murió en la ambulancia.

Los sanitarios tardaron noventa y dos segundos en devolver a Lucian Glass a la vida, y aunque Lucian nunca había hablado con nadie de aquel minuto y medio, lo había vivido. No permitió que su roce con la muerte cambiara su vida o le afectara en modo alguno; si el mundo le pareció distinto después del ataque, lo achacó al hecho de haber perdido a Solange de forma tan violenta. Pero a los pocos meses pasó de ser un muchacho que nunca se había metido en una pelea a ser un hombre obsesionado con el castigo y la venganza, y el FBI fue el santuario en el que convirtió en profesión aquel anhelo. Pasó de querer crear arte a querer proteger y rescatar obras artísticas. Sí, llenaba sus cuadernos de retratos inacabados de gente con la que se cruzaba mientras trabajaba en algún caso, pero ¿en qué le distinguía eso de los agentes que tomaban notas?

–No habrás venido hasta aquí para hablarme de mis talentos latentes, ¿no? –preguntó.

Comley dio la vuelta al cuaderno para escapar de la cara triste de la niña del dibujo.

–No me gusta ser portador de malas noticias, pero vamos a cerrar el caso. No podemos...

–¿Por qué mi padre y tú os empeñáis en convencerme de que todo esto es parte de un gran plan cósmico, de que es mi puñetero destino? –la voz crispada de Meer llegó a través del micrófono y Comley se interrumpió, incapaz de ignorar su tono quejoso.

–El destino sólo nos pone en la senda que lleva a las oportunidades. Lo que hagamos con esas oportunidades depende de cada uno de nosotros –contestó Malachai.

–Sí, sé que eso es lo que piensas, pero creo que ahora mismo tengo demasiado trabajo en el museo para ir a Viena.

Lucian percibió una terquedad infantil en la decisión de la mujer. Enfadado, giró el botón del volumen y la conversación del otro lado de la calle dejó de oírse.

–No puedo justificar el mantener a tu equipo en esto tanto tiempo seguido. Ya sabes lo pequeño que es nuestro departamento.

–Deja que trabaje solo en el caso –era una petición, pero Lucian hizo que sonara como una orden.

–Ya no trabajas en este caso, amigo mío, estás obsesionado con él, y eso no es bueno ni para ti ni para mí. No. Lo siento. Voy a cerrarlo.

Lucian se acercó a la ventana y se quedó mirando la Fundación Fénix. Llevaba diez años en el FBI; había empezado en el Programa de Robos de Arte y en 2004, al formarse el EDA tras el saqueo que tuvo lugar en Iraq después de la caída de Sadam Hussein, había sido asignado al departamento. Desde entonces, su equipo y él habían logrado recobrar más de una docena de valiosísimas obras de arte cuyo precio superaba los treinta y cinco millones de dólares, incluido un dibujo de Miguel Ángel y un juego de monedas raras de la antigua Grecia. Había triunfado una y otra vez, y siempre había sabido que tarde o temprano fracasaría. Pero no quería que fuera en aquel caso.

Mientras miraba, la puerta de la fundación se abrió y Meer salió del edificio. Se subió el cuello de la chaqueta y se quedó allí, muy erguida, de cara al viento que soplaba del parque, como si extrajera energías de las ráfagas de aire; después bajó los escalones y se alejó de él.

–¿Cuándo tendré que levantar el campo?

–Dentro de dos semanas –contestó Comley.

–Dos semanas –repitió Lucian con determinación, como si hiciera al mismo tiempo un trato y una promesa.

CAPÍTULO 5

«¿Se te ha ocurrido pensar que la transmigración es al mismo tiempo una explicación y una justificación de la maldad del mundo? Si las iniquidades que sufrimos son el resultado de pecados cometidos en nuestras vidas pasadas, podemos soportarlas con resignación y esperar que, si en esta vida nos esforzamos por alcanzar la virtud, tal vez haya menos aflicción en nuestras vidas futuras».

W. Somerset Maugham, *El filo de la navaja*

Viena, Austria
Jueves, 24 de abril. 18:20 h.

Si alguien que caminara por alguna de las callejuelas empedradas de Leopoldstadt hubiera visto a Jeremy Logan subir a toda prisa los escalones del número 122 de la Engerthstrasse, no habría reparado en él ni en el desmañado edificio identificado como Toller Archäologiegesellschaft (Sociedad Arqueológica Toller). Ni siquiera el portal, con su cerradura decorativa en forma de pavo real, llamaba la atención. En Viena habría sido más llamativa la falta de cualquier adorno.

Segundos después de llamar al timbre, Jeremy desapareció dentro y pasó por una segunda puerta invisible desde la calle.

Al pasar bajo la leyenda grabada en el friso de entrada, que desvelaba el verdadero nombre de la hermandad, el cambio entre la insulsa fachada y el recargado interior era radical.

La Sociedad Memorista, a cuya junta directiva pertenecía Jeremy, se había fundado secretamente en 1809 con el fin de estudiar la obra del orientalista austriaco Joseph von Hammer-Purgstall, uno de los responsables de la gran expansión del saber oriental en Europa a fines del siglo XVIII. Los fundadores de la Sociedad se interesaban específicamente por la reencarnación, una creencia que compartían las escrituras Shruti hindúes recién descubiertas, las enseñanzas de la Cábala, la escuelas místericas del Antiguo Egipto, los filósofos griegos y la doctrina cristiana anterior al siglo V.

La finca, nada solicitada en aquel entonces, situada cerca de los jardines del Prater, en pleno barrio judío, había sido elegida como sede de la Sociedad tanto para albergar a sus muchos miembros hebreos como para mantener alejados a los curiosos. El arquitecto había recibido dos directrices: el edificio no debía llamar la atención y debía tener al menos una entrada y una salida ocultas.

Jeremy se adentró en el sanctasanctórum, la enorme sala de reuniones cuyas columnas se alzaban como centinelas. Un mural egipcio que ilustraba la historia de Isis y Osiris cubría las paredes, y una alfombra de colores semejantes a los de las piedras preciosas cubría el suelo. La bóveda del techo estaba pintada del color cobalto del cielo nocturno y en ella brillaban estrellas: diminutos espejos que atrapaban y reflejaban la luz de abajo. Todos los rincones de la sala estaban atestados de objetos y artefactos místicos, pero Jeremy no les prestó atención al dirigirse con paso firme hacia la biblioteca, donde debía celebrarse la reunión de la junta que había convocado.

–*Guten Abend* –dijo Fremont Brecht al bajar su periódico. Sentado en un sillón como si fuera un potentado y el sillón su trono, con miles de libros encuadernados en piel a su espalda, el ex ministro de defensa austriaco y director de la Sociedad Memorista poseía una presencia imponente.

Pocos socios saludan a Fremont con la cordialidad de Jeremy. Pero Jeremy no se arredraba ante los hombres; sólo ante los misterios que no podía explicar.

–¿Llegaremos al concierto o se va a alargar la reunión? –preguntó Fremont.

–Deberíamos llegar. Y tengo el coche aquí.

–Bien, porque he cancelado una cita relacionada con la conferencia de seguridad y tecnología de la semana que viene por ver la interpretación de esta noche del concierto *Emperador*, y no me gustaría nada perdérmela, después de haberme tomado tantas molestias –señaló al otro lado de la larga sala, hacia la mujer de mediana edad y cabello rojizo que, sentada a una mesa de naipes, tomaba notas–. Erika nos está esperando –Fremont era ágil, a pesar de sus setenta y ocho años y sus casi ciento treinta kilos de peso, y se levantó con sorprendente facilidad. La única concesión a su edad y su opípara dieta era una leve cojera que se hizo visible cuando cruzó la habitación.

En una hornacina, sobre un pedestal, había una antigua vasija copta de cuarzo que, iluminada por una lamparita, emitía un fulgor casi iridiscente. En una iglesia, un objeto tan precioso como aquél habría estado en un relicario dorado, pero la reliquia de los memoristas no tenía poder, ni prometía obrar magia alguna, y los socios ya no reparaban en el jarrón. Esa noche, sin embargo, Jeremy lo miró con fijeza, como si pudiera ver a través del alabastro las cenizas dispersas y la mugre que había en su fondo.

–¿Esta reunión tiene algo que ver con nuestro espía? –preguntó Erika cuando se reunieron con ella. Sus ojos ambarinos recorrieron la sala como si buscara a algún intruso.

–No, pero creo que lo que tengo que deciros va a interesaros tanto como eso. Puede que incluso más –contestó Jeremy.

Erika, una de las principales autoridades centroeuropeas en experiencias cercanas a la muerte (ECM), se había propuesto como meta personal que la comunidad científica se tomara en serio su investigación (financiada por los memoris-

tas) sobre las relaciones entre las ECM y la reencarnación. Daba igual que el sesenta por ciento de la población mundial creyera en la regresión; pese a todo, las autoridades científicas no sólo sospechaban de ella, sino que la desdeñaban. Erika había hecho algunos avances últimamente, pero se había convencido de que alguien dentro de la Sociedad la espiaba cuando, por segunda vez en un año, la prensa se mofó de los rumores que circulaban acerca de su investigación. Desde entonces, no había dejado de presionar a Fremont para que contratara a un detective.

–¿Qué es lo que te preocupa, Jeremy? No quiero perderme el concierto –Fremont dio unos golpecitos con el dedo sobre la mesa cubierta con un tapete de piel.

–Hace tres meses se puso en contacto conmigo una mujer para pedirme que tasara una Torah que había descubierto escondida en casa de su abuela, con la esperanza de que nuestro departamento de hebreo se interesara por ella.

Jeremy explicó cómo al entrar en el cuarto de estar de la abuela de Helen Hoffman había visto un tesoro y cómo había dado literalmente un traspié al fijarse en otro: un objeto polvoriento que había encima de una mesita. A pesar de que nunca antes la había visto, reconoció enseguida la caja de madera labrada. Durante muchos años, a lo largo de noches en vela y días erráticos, había buscado aquel fantasma, impulsado por el recuerdo de su hija: una niña de lustrosos rizos castaños y tristes ojos verdes que dibujaba una y otra vez aquella caja, agotándose y desgastando las ceras en su esfuerzo por reproducir los detalles, con las mejillas manchadas por las huellas plateadas de las lágrimas.

Jeremy se había quedado atónito al tropezar con una pieza de anticuario idéntica a la caja que dibujaba su hija, pero había sido capaz de asimilar aquella coincidencia. Lo insondable, lo que había ido a divulgar allí, era la información que contenía la carta que esa misma mañana había descubierto dentro de la caja.

–La caja pertenecía a Antonie Brentano –explicó.

Al ver que Erika no identificaba aquel nombre, Fremont le explicó que había sido una de las mejores amigas de Beethoven. Posiblemente, su Amada Inmortal.

–Beethoven también fue amigo de dos de nuestros fundadores: conoció tanto a Caspar Neidermier como a Rudolph Toller –añadió Jeremy. Como historiador de la Sociedad, había estudiado todos los archivos guardados en la cripta subterránea–. Mientras preparaba el cofre para la próxima subasta, descubrí que fue Beethoven quien se lo regaló a Antonie.

–Aunque admiro los caminos laberínticos que transitas en tus investigaciones y me gusta oírte hablar de ellos, no quiero llegar tarde. ¿Dijiste que había algo escondido en la caja? –preguntó Fremont–. ¿Qué era?

–Una carta de Ludwig van Beethoven.

Un leño crujió y siseó en la chimenea. Jeremy miró hacia allí y, antes de continuar, dirigió los ojos hacia el entrante que albergaba la vasija copta. Todos ellos sabían que Caspar Neidermier murió en la India, en 1813, tras descubrir una antigua flauta de hueso. En 1814, su socio, Rudolph Toller, entregó a Ludwig van Beethoven esa misma flauta y le pidió que descifrara la canción que, según se creía, estaba grabada en las intrincadas marcas hechas sobre su superficie.

–Según nuestros archivos, esa vasija contiene los fragmentos pulverizados que devolvió Beethoven: lo único que quedó de la flauta de la memoria después de que la destruyera.

–Pero ¿la carta dice algo más? –insistió Fremont.

–Beethoven escribió que sólo le dijo a la Sociedad que había destruido el instrumento; que lo que nos devolvió fue un hueso de animal, seco y aplastado con un martillo. Se guardó la flauta auténtica, convencido de que era demasiado valiosa para destruirla y, al mismo tiempo, demasiado peligrosa para confiársela a nadie. Decía que la escondió. «Para protegernos a todos, y a todos los que hayan de venir», fueron sus palabras exactas.

–¿La carta es auténtica? –preguntó Fremont.

–El lunes tendré la opinión de un experto.

–¿Dice dónde escondió la flauta? –preguntó Erika.

–No exactamente.

–Las cosas nunca son tan fáciles –dijo Fremont.

–Algunas formas de morir lo son –respondió ella con una risa triste.

–Beethoven escribió que mandó a cada uno de sus amigos más íntimos un dato, una pista, para que, si alguna vez era necesario, pudieran juntarlas y encontrar la flauta y su canción.

–¿Estás diciendo que descifró la música? –Erika contuvo el aliento.

–Dice que sí y, antes de que preguntes, sí, he consultado (sin dar detalles) con dos especialistas sobre composiciones para flauta, acabadas o inacabadas, que pudieran ser relevantes y dataran de esas fechas. Pero no hay nada.

–Para tomarse tantas molestias, lo que descubrió debía de ser realmente aterrador... o... ¿estaba sólo paranoico? –preguntó ella.

–Era cauto, se enfadaba fácilmente, pero no, no era un paranoico –explicó Fremont, el más entendido en música de ellos tres–. Aunque podemos suponer que *Herr* Beethoven había oído los rumores que circularon cuando Mozart murió apenas un mes y medio después del estreno de *La Flauta Mágica*. Los teóricos de la conspiración sugirieron que el joven compositor había sido envenenado debido a los secretos masónicos que desvelaba su ópera. Es posible que Beethoven pensara que, si Mozart había sido envenenado por revelar una leyenda secreta sobre una flauta con propiedades extrañas relacionadas con el ciclo de la vida y la muerte, tal vez él debiera mantenerse alejado de otra flauta –Fremont bebió un sorbo de su coñac.

Erika frunció la frente de nuevo, pero esta vez había un destello en sus ojos.

–¿Y si descubrió que la flauta de la memoria funcionaba? ¿Y si la gente que escuchaba su música y oía sus vibraciones recordaba sus vidas pasadas? Tal vez se refería a eso cuando decía que era peligrosa –sugirió casi sin aliento.

Fremont dejó su vaso con tanta fuerza sobre el velador de mármol que saltó un trozo de cristal y el ruido resonó como una amenaza.

–Hasta que sepamos si Beethoven escribió de veras esa carta, todo esto no son más que especulaciones.

–El momento era el más propicio –Erika estaba demasiado absorta en su hipótesis para detenerse.

–¿El más propicio para qué? –preguntó Jeremy.

–La génesis del descubrimiento de los pulsos binaurales en 1839 por parte de Heinrich Wilhelm Dove...

–¡Erika! –la interrumpió Fremont, riendo–. Eso son conjeturas inútiles.

Pero Jeremy no estaba de acuerdo. Se había interesado por la posibilidad de que los pulsos binaurales (tonos de baja frecuencia cuyas ondas estimulaban la actividad cerebral) propiciaran la regresión a vidas anteriores cuando Meer empezó a oír música que nadie más oía, y los trabajos recientes de Erika sugerían que esa posibilidad era una probabilidad. Más de la mitad de las personas incluidas en sus estudios de ECM habían oído música durante sus viajes, y cuando se les pedía que eligieran una música de entre una docena de muestras semejantes a la que habían oído, el cien por cien escogía la muestra que incluía frecuencias de pulso binaural.

–No son conjeturas. Hay gran cantidad de datos científicos que demuestran los efectos de los cánticos, la música, el sonido de tambores y otros fenómenos acústicos sobre la mente y el cuerpo –Erika hablaba ahora más deprisa, precipitándose, embriagada por las conexiones que iba haciendo. Creía que las frecuencias parecidas a las que oía la gente con ECM podían abrir el portal e inducir el estado de conciencia necesario para recordar vidas anteriores.

–Si encontramos la flauta y se demuestra que los recuerdos de vidas pasadas pueden estimularse mediante la manipulación sonora, revolucionaríamos la teoría de la reencarnación. Y no sólo la teoría de la reencarnación –insistió ella–, sino

también la teoría del espacio-tiempo. Sería un hallazgo científico de primera magnitud.

–Y todo gracias a nuestro héroe judío –Fremont señaló a Jeremy.

–¿Judío? ¿Qué tiene eso que ver? –preguntó Jeremy.

–Serás vilipendiado como el Poncio Pilato del siglo XXI por demostrar que la responsabilidad del eterno descanso del hombre es sólo suya y que cada persona puede controlar si va al cielo o no. La Cábala volverá a ser denigrada. En todas partes volverá a condenarse al ostracismo a los místicos judíos –Fremont miró su vaso, meció el líquido una, dos veces y luego, llevándose el vaso a los labios, apuró el coñac como si fuera suave como un caramelo.

–La Cábala no es la única doctrina religiosa que apoya la reencarnación –dijo Jeremy–. ¿Por qué dar por sentado que se culpará a los judíos sólo porque...?

–Fremont –lo interrumpió Erika–, ¿estás sugiriendo que abandonemos la investigación por una posible controversia religiosa? –la científica estaba atónita.

–Claro que no –respondió Fremont–. Sólo digo que hay tantas cosas en juego que tenemos que ir paso a paso, despacio y con cautela.

–Bien, si la carta resulta ser auténtica... –la voz de Erika recobró su tono esperanzado y anhelante–... entonces puede que la caja misma contenga alguna pista sobre el escondite de la flauta. ¿No deberíamos prepararnos para comprar la caja y la carta en la subasta de la semana que viene?

–Pero la carta estaba oculta –dijo Fremont–. Nadie sabe nada de ella. No vas a anunciar su existencia ahora, ¿verdad?

–Claro que no. No tenía intención de hacerlo –contestó Jeremy–. Helen Hoffman ha aceptado permitirme autentificarla, pero no ha tomado ninguna otra decisión.

Erika no estaba prestando atención a lo que decían; había olvidado la subasta y estaba pensando en lo que sucedería después.

–Si lo que la carta dice es cierto y la flauta no fue des-

truida, podría haber una herramienta de la memoria escondida aquí, en Viena. Tenemos que encontrarla. Una herramienta de la memoria... –dijo con fervor–. Es casi impensable.

Pero todos estaban pensando en ello. Lo mismo que otro miembro de la Sociedad que, sin saberlo ellos, estaba sentado en uno de los rincones a oscuras de la sala desde antes de que comenzara la reunión y había escuchado atentamente cada palabra.

CAPÍTULO 6

Viena, Austria
Jueves, 24 de abril. 18:30 h.

David Yalom sacó la balsa salvavidas gris de detrás de la estalagmita a la que la había atado tras cruzar la laguna subterránea, dos horas antes. Algo iba mal; estaba completamente desinflada. Le dio la vuelta y vio cuatro rajas pequeñas, en paralelo, en la parte de abajo.

–¿Cómo demonios ha pasado esto? –señaló los desperfectos.

Wassong se agachó e inspeccionó los cortes.

–Aquí las rocas son afiladas. Debió rajarse cuando la sacaste de la laguna.

–No, me acuerdo muy bien, la levanté. No la arrastré precisamente por eso –David se quedó mirando las rajas–. Además, estos cortes son demasiado limpios para que los hayan hecho los bordes de estas rocas –escudriñó frenéticamente la caverna. Su linterna halógena proyectaba enloquecidas manchas de luz sobre las paredes rocosas–. Esto lo ha hecho alguien. Hay alguien aquí, con nosotros.

–Imposible.

–¿Estás seguro? ¿Y si te ha seguido alguien?

–No me ha seguido nadie –insistió Wassong–. ¿A mí? Piensa lo que dices.

–¿Qué está pasando, entonces?

–Puede que hayan sido las ratas.

La linterna de David iluminó de lleno los ojos castaños claros de Wassong. Una vez, en un artículo, los había descrito como sorprendentemente amables, y ahora volvió a pensar en ello.

–¿Las ratas, Hans?

–En estos túneles viven miles de alimañas, tú mismo lo has visto. Estas marcas podría haberlas hecho una rata con sus garras. No hay por qué preocuparse. Estás exagerando. Lo entiendo, no te lo reprocho. Con el estrés que tienes, cualquiera reaccionaría así. Pero todavía tenemos mi balsa. Si pasara algo raro, también mi balsa estaría dañada. Tenemos cuerda suficiente para atar mi balsa de forma que yo pueda cruzar y luego tú tires de ella y puedas usarla.

No quedaba otro remedio. El agua estaba un treinta por ciento más caliente que el cuerpo humano, debido al calor geotérmico del lecho de la laguna. Si intentaban cruzar a nado, morirían cocidos.

–¿Lo has comprobado? ¿Estás seguro de que a tu balsa no le pasa nada?

Pero no le pasaba nada.

Wassong sacó un rollo de cuerda de su mochila y la ató a la anilla de plástico del extremo de la balsa de goma.

–Esto funcionará perfectamente –dijo, tirando de la cuerda para asegurarse de que el nudo aguantaría. Hecho esto, se quitó las gafas, las limpió con su pañuelo, se pasó éste por la frente y finalmente volvió a ponerse las gafas–. En cuanto esté al otro lado y te dé la señal, podrás tirar de la barca –recogió la cuerda y se la lanzó a David.

Mientras veía a Wassong cruzar la laguna envuelto en vapor, David pensó en la posibilidad de que una rata hubiera rasgado el PVC. Como si intentara reconstruir lo sucedido para escribir un artículo, repasó lo que Wassong y él habían hecho tras llegar a la orilla y amarrar las balsas. ¿Había tenido Hans tiempo de sabotear la balsa? Y, si así era, ¿por qué lo

había hecho? El sudor le resbalaba por la espalda. Ya se había quitado la chaqueta. Se desabrochó la camisa de faena y se enjugó la frente con la manga. Metió la mano en su mochila, agarró su última botella de agua y se bebió lo poco que quedaba. Sólo habían llevado provisiones para un día, y el día se había acabado.

Oía el chapoteo constante de los remos de Wassong.

Antes, al cruzar aquella zona, no se habían detenido. Habían inflado las balsas, desplegado los remos, cruzado la laguna, amarrado las balsas y seguido adelante. No, recordó de pronto. Sí que se habían parado. Él había tenido que grabar instrucciones para el mapa oral que estaba haciendo, de modo que pudiera encontrar el camino la semana siguiente. ¿Qué había hecho Wassong mientras él tomaba notas?

Intentó recordar. Pensó en lo sucedido un par de horas atrás, pero se le vino a la cabeza otra noche. Había pasado casi un año desde la última vez que había usado la grabadora. Estaba pasando una entrevista que había grabado. Tenía prisa por entregar un artículo acerca de un levantamiento en la Franja de Gaza e intentaba encontrar una última cita. Había mirado el reloj. Eran las seis y dos minutos de la tarde, y había pensado «Voy a llegar tarde. Más vale que me dé prisa», sin saber que en aquel momento toda su familia (toda) estaba muerta. Los había matado una bomba que alguien arrojó a su casa mientras celebraban el octavo cumpleaños de su hijo mediano. Un regalo de Ahmed Abdul por hacer su maldito trabajo.

Dos semanas antes, David había publicado un artículo acerca del PLPP (Partido de Liberación del Pueblo Palestino) anunciando que la organización terrorista estaba al borde del colapso y que su jefe, Nadir Abdul, el hermano de Ahmed, iba a ser derrocado. Nadir se suicidó veinticuatro horas después de publicarse la noticia. Doce horas después de su entierro, David empezó a recibir amenazas de muerte. El periódico, que no quería arriesgarse, contrató a una empresa de seguridad del más alto nivel para protegerlo a él y a su familia.

Sólo David, que esa noche llegaba tarde a casa, sobrevivió. Salvarle la vida fue una broma sádica de un dios en el que ya no creía. ¿Qué clase de vida era aquélla, qué clase de vida podía ser, si cada minuto del día el recuerdo de los restos de la explosión se reproducía en un bucle infinito, a cámara lenta, en su imaginación, volviéndose cada vez más terrible? No era así como se suponía que afectaba el tiempo a la memoria. El tiempo debía suavizar las aristas y embotar el filo del recuerdo.

Y no era sólo lo que él personalmente había perdido. La violencia infinita, las represalias, continuaban. Bagdad, Mogadiscio, Tel Aviv, Sadr...

David informaba sobre terrorismo desde mediados de los años 90. Al tiempo que se infiltraba en células latentes, entrevistaba a suicidas y sus familias y hacía la crónica de sus métodos y su locura, informaba también acerca de los sistemas ideados para atrapar terroristas y desbaratar sus planes. A lo largo de los años, había visto cientos de nuevas ratoneras y oído innumerables promesas acerca de sistemas que siempre, se decía, eran mejores que los precedentes. Pero eso no era cierto. La muerte de su esposa, sus dos hijos varones, su hija, sus padres, sus tíos, tías, hermanos y hermanas era sólo una muestra de ello.

Louis Rene Beres, un periodista compañero suyo, había escrito una vez que, puesto que los ataques amenazaban su supervivencia, Israel debía rechazar convertirse en víctima. *Por el contrario*, escribía, *tiene el derecho, lamentable pero legítimo, a convertirse en verdugo. Desde el punto de vista de la necesidad de proteger a sus ciudadanos*, concluía su artículo, *este derecho se ha convertido en una obligación*.

Aquélla era también la obligación de David. No sólo como periodista. Había visto la pintada en la pared, y estaba escrita con la sangre de su familia: había llegado la hora de construir una ratonera mejor. Siempre habría un modo de esquivar un sistema nuevo. No se trataba ya de trampas, sino de cambiar el modo de pensar de los ratones y de quienes intentaban atra-

parlos. Y de castigar a los hombres que habían edificado los sistemas fallidos. Cinco días después, aquellos hombres estarían entre la multitud, sentados unos metros por encima de aquellas cuevas, disfrutando de la actuación de la Filarmónica de Viena que ponía fin a la conferencia anual de la AIST. Lo único que le habían ofrecido era una disculpa, y eso era muy poco.

El chapoteo se detuvo. Wassong había llegado a la otra orilla y saltado a tierra firme. Al inclinarse, la luz de su casco formó un halo a su alrededor, iluminando con un brillo frío algo que llevaba en la mano.

Como todo ciudadano israelí, David había pasado dos años en el ejército y estaba entrenado para evaluar rápidamente situaciones peligrosas. En cuanto su mente formulaba preguntas, él buscaba respuestas. Al instante comprendió que Wassong sostenía un cuchillo y adivinó que pensaba usarlo para cortar la soga y dejarlo abandonado.

Wassong nunca había tenido intención de mandar de vuelta la balsa. Estaba todo planeado. Pero ¿por qué llevarlo hasta allí y enseñarle la cripta, si era todo una farsa? ¿Por el dinero? Tenía que ser por eso. El dinero de David primero y el de Abdul después.

El instinto tomó las riendas con el ímpetu que sólo genera la furia. David tiró de la cuerda y empezó a recogerla lo más rápido que pudo. El tirón inesperado la arrancó de la mano de Wassong antes de que éste se diera cuenta de lo que ocurría. Wassong dejó caer el cuchillo y alargó los brazos para sujetar la balsa. Él también estaba entrenado; siempre había sido un soldado. Pero David era más joven y fuerte y la balsa ya había empezado a alejarse de la orilla, hacia él.

Wassong calculó mal y, con los brazos extendidos, cayó hacia delante y gritó antes incluso de caer al agua. Su cuerpo reaccionó instantáneamente al dolor: se encogió, se impulsó hacia arriba, se arqueó.

Durante un segundo David se preguntó si Wassong lo lograría. No, sabía que era imposible. Lo sabía porque el propio